

OPINION

XAVIER DOMINGO

Periodista



Pequeño léxico político catalán

COMO el resto de España, Cataluña va a votar o se va a abstener en las generales del 6 de junio, pero el electorado tiene en el Principado unas características diferenciales a veces ignoradas y otras mal conocidas. Siempre me ha sorprendido que en España y especialmente en Madrid se hable tan sesudamente de China o de Rusia, tan lejanas, y se digan tantas chorradas sobre Cataluña, que está en la misma España.

Es cierto que, para los propios catalanes, cada día resulta más difícil ser catalán y que son necesarias buenas dosis de humor, involuntario o consciente para llevarlo medianamente bien. A la dislexia lingüística, que encamina hacia la esquizofrenia, se unen las consecuencias de una memoria personal y colectiva con escasos recuerdos gratos, lo cual lleva directamente a la paranoia más crítica y daliniana.

TIPOLOGIAS SOCIOPOLITICAS.— La diferencia de Cataluña con el resto de España, aparte la lengua, o mejor dicho, el bilingüismo, reside en saber de las distintas tipologías sociopolíticas que dividen a los propios catalanes, independientemente de sus simpatías o militancias por tal o cual partido.

Hay, para empezar, dos grandes grupos independientes de las filiações políticas: catalanistas, y españoles divididos a su vez en subgrupos políticos, que se pueden reunir en tres: moderados, sucursalistas y segregacionistas.

1.— Los catalanistas. El catalanismo de hoy no es, como en tiempos de la Lliga, una ideología sino un estado existencial muy mayoritario. Hay catalanismo y catalanistas, en mayor o menor grado, en todos los partidos y quizás aún más los totalmente ajenos e indiferentes a la política, entre éstos que no saben, no opinan.

El catalanista es un catalán que se interesa prioritariamente por Cataluña y pasa bastante de lo que pueda ocurrir en Albacete, pongo por caso, e incluso en Madrid. El catalanismo existencial consiste en sentirse catalán frente al que no lo es y en tener una disposición epidérmica a defender lo catalán frente a lo que sea.

En general y mayoritariamente, el catalanista sabe que Cataluña está irremediabilmente unida a España y no es partidario de la separación. Puede ser autonomista o federalista, monárquico (hay muy pocos) o republicano. Pero su orgullo es la cultura, el arte y la Historia del Principado. En lo cotidiano tiene una preferencia casi exclusiva por la cocina catalana. Aplauda las derrotas del Real Madrid y se estremece cuando escucha *L'Emigrant*, *El cant dels ocells* tocado por Pau Casals y *La Santa Espina*.

Los puros catalanistas, incluso cuando son agnósticos, prefieren Poble a Montserrat. El escritor catalanista por excelencia puede ser Josep Pla.

El catalanismo político y orgánico recibe el nombre ideológico de nacionalismo y lo usufructúa la coalición de Convergencia Democrática de Catalunya con Unió Democràtica de Catalunya, cuya

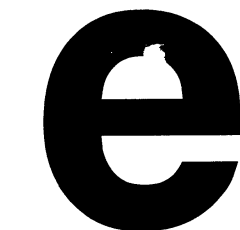
cabeza es Jordi Pujol, presidente de la Generalitat.

El nacionalismo ortodoxo y pujoliano de CiU es moderado, no es separatista y busca mayores cuotas de autonomía y de promoción exterior de Cataluña, sobre todo en el marco europeo. Hoy lucha por el 15% del IRPF, sin grandes resultados, por ahora.

El nacionalismo es cristiano-montserratino y pactista. Es mucho más urbano (empresa y pequeño comercio) y menos rural de lo que se dice. En las elecciones de junio su objetivo es el de superar a los socialistas catalanes en número de votos y el de lograr en las Cortes un número de escaños que le permita pesar en la política española, tanto si gana el PSOE como si triunfa el PP. No tiene prejuicios.

A la dificultad de definir de forma coherente una Nación sin Estado, une el nacionalismo político catalán la eterna pendiente asignatura de atraer a muy pocos intelectuales y cabezas pensantes de excelencia, como supo y pudo hacerlo la Lliga de Prat de la Riba y Cambó.

Se puede, pues, ser catalanista



l catalanista es un catalán que se interesa prioritariamente por Cataluña y pasa bastante de lo que pueda ocurrir en Albacete, pongo por caso

sin ser nacionalista, mientras que lo contrario es imposible.

La línea más radical del nacionalismo, es decir, la separatista legal, está en Esquerra Republicana de Catalunya, liderada por Angel Colom i Colom, entre cuyos principales méritos está el de haber integrado en la legalidad a parte de los grupúsculos terroristas de Terra Lliure. Es mucho más rural que CiU.

A fin de tratar de morder en algún sector urbano y más radical de CiU, Colom ha fichado últimamente a la hasta la fecha hiperpujoliana Pilar Rahola, secretaria general de ACTA, pequeño grupo de profesores y periodistas nacionalistas. Pilar Rahola, dama con fabulosa capacidad para charla ininterrumpida e ininterrumpible, será número uno de la lista de ERC en Barcelona. Puede aburrir

hasta a los finados fundadores de ERC.

2.— El españolismo: tiene dos vertientes, una progre y otra de derechas, unidas ambas por un odio visceral a Jordi Pujol (Roca, dicen, pase, sí; pero Pujol, jamás). El españolismo progre se concentra esencialmente en Barcelona y prolifera entre los castellano-parlantes de izquierdas, normalmente llamados en Cataluña, «pijos». Nunca dicen que son catalanes, sino barceloneses, sin apreciar que esa Barcelona de la que son, es esencialmente un producto de Franco y de Porcillos para acabar con Cataluña.

Hablan el español con bastante acento catalán y voz engolada, de pijo. Generalmente votan PSC y leen *El País*. Es gente pedante y de un aburrimiento insostenible.

CHARNEGOS DE LUJO.— En algún caso llevan apellidos de abuelo. Son catalanes y al mismo tiempo charnegos de lujo.

No meto en este saco a los escritores catalanes de expresión castellana porque nadie se gana la vida escribiendo en catalán.

La derecha muestra dos caras. Una, salvaje y residual, que está en grupúsculos fascistas y violentos y otra, civilizada, reunida políticamente en el PP, que ha adoptado (la política lleva a cosas así) diversos símbolos catalanistas como la bandera y otros. Por ejemplo, cuando Fraga vino a Cataluña fue a llevar flores a la tumba de Lluís Companys, presidente de la Generalitat fusilado por Franco.

3.— Los sucursalistas: opción puramente política que se agrupa en el PSOE-PSC, en su facción más radical, y en IC (Iniciativa per Catalunya) en su vertiente marxista y sentimental. En ambos casos, pero más en el PSOE-PSC, hay mucho personaje existencialmente catalanista y políticamente españolista.

Por ejemplo, el PSC, orgánicamente, es una ficción. Política y económicamente, depende de la Moncloa y de Ferraz (Filesa está en Barcelona), pero sin duda, Maragall, Obiols, Nadal y otros muchos, son catalanistas.

Si el catalanismo existencial tiene con mayor o menor intensidad un arco político que comprende CiU, PSC, ERC e IC, donde llena todo el espacio y se desarrolla sin trabas es en la abundante y rica sociedad civil catalana: el Barça en todas sus secciones; la infinidad de peñas para toda clase de gustos, desde el excursionismo hasta la música, pasando por el creciente sardanism y la pujante afición a los xiquets de Valls y sus torres humanas y toda una infinita constelación de asociaciones vecinales o para todo tipo de aficiones deportivas o culturales. El Barça, el Orfeo Català y la Caixa son tres grandes instituciones catalanistas.

Es en estos colectivos, a los que hay que añadir hoy las fantásticas peñas rociaras, feriales y de Semana Santa, donde los inmigrantes se integran en Cataluña y en donde se hacen catalanistas, como Peret, de Mataró o Los Manolos de Barcelona. Ellos son los «cataluces» o los «andalanes», como quieran. Pero, como Carmen Amaya, son catalanes.

CONTRA LA CONFUSION

«Garzonismo»

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

PARA no enredarnos en el confuso debate de las pasiones, que ha retenido la atención del público sobre el aspecto menos interesante del «caso Garzón», y para dar a la conducta del juez su verdadero sentido político, comencemos por situar los hechos en el escenario real donde se han producido. Que no ha sido en el de la sociedad civil, donde surge la fama de los notables, ni en el de la sociedad política, donde se fraguan las aspiraciones al poder, sino en el terreno reservado en exclusiva al juego de las autoridades. En ese estrecho espacio, el Sr. Garzón tomó la decisión personal, en principio respetable, de cambiar su poder judicial «del» Estado por su poder político «en» el Estado. No se trata, pues, de un hombre independiente que se lanza a la aventura política, sino de un funcionario judicial que negocia, con el presidente del Gobierno, su traslado a un ministerio ejecutivo, a cambio de entregarle su fama popular para que la use en la campaña de reelección de su partido. Pero ha bastado que un juez famoso entre en la esfera del poder político para que se pongan de manifiesto los malestares de civilización que padece España. La diversidad de criterios morales sobre este hecho, en sí mismo elemental, ha revelado una desorganización ética de la sociedad. La naturaleza instintiva de los argumentos empleados ha puesto de relieve la dificultad de la razón y de la cultura democrática para penetrar en la mente prejuiciosa de casi todos los «fabricantes» de opinión en España.

Lo más interesante del fenómeno Garzón no está en su aspecto imprevisible, que pertenece a la psicología del juez, sino en lo que su efecto social tenía de previsible, por estar de antemano predeterminado. Superada la sorpresa inmediata, no hay nada de qué extrañarse. Si la razón personal admite de su función vital, el instinto moral sucumbe ante el instinto de poder, y el recelo inteligente cede el paso a la boba ingenuidad. Como decía La Boétie: «antes de dejarse subyugar, a todos los hombres, en cuanto tienen algo de hombres, les ocurre una de estas dos cosas: o son coaccionados o burlados». Esto puede ser importante para los protagonistas del «trato de la fama», pero lo que de verdad nos importa, o debería importarnos, son los efectos morales y políticos del «contrato de poder» concertado entre ellos. Sin necesidad de completar el análisis podemos adelantar ya que desde el punto de vista político, y contra la gratuita opinión del notable escritor Sánchez Ferlosio, el «negocio» concluido entre un funcionario judicial y el jefe del poder ejecutivo no es, en absoluto, respetable. Primero, porque no favorece la apertura del Estado, ni la del Partido Socialista, a la sociedad, como afirman los corifeos del poder. La clase gobernante se aleja aún más de la sociedad civil, si se renueva con funcionarios públicos. Después, y sobre todo, porque el trasvase de jueces de un compartimento estatal a otro acrecienta la confusión de poderes en el Estado y menoscaba la independencia de la función judicial.

La inamovilidad de los jueces fue una conquista de la civilización anterior a la democracia. Gracias a ella, los magistrados de carácter tienen la posibilidad de resistir, sin temor a ser removidos, las presiones y amenazas que pretenden subordinar sus resoluciones a los intereses particulares o secretos del poder. Pues bien, el «negocio» concebido por el «felipismo» ha encontrado una vía de escape a la inamovilidad de los magistrados resistentes: el «garzonismo». Que no es una doctrina política ni un principio moral, sino una fórmula o, como diría el corrupto Barras, un expediente. El contenido de la fórmula es una promesa. Pero no una promesa cualquiera, sino de tal índole irresistible, para el que la recibe, que el mismísimo demonio bien pudo incluirla en su célebre catálogo de tentaciones en el desierto: «dame tu fama y yo te daré el poder de legislar y ejecutar las opiniones que tú, como juez, no has podido hacer prevalecer contra mí». La subyugación de esta magia del poder sirve igual para remover a jueces ingenuos, como deseo pensar de Garzón, que a sus redomados imitadores. Unos pocos años de firmeza para adquirir popularidad y, en plena juventud, ¡a la cúpula judicial o a un ministerio! Aparte de su ingenuidad, que si es real le llevará pronto al fracaso político pero le salvará tal vez su conciencia, el juez Garzón ha cometido ya un grave atentado contra el espíritu de la democracia, y ha reforzado la oligarquía política que mantiene el Estado de partidos mediante la corrupción. Esto es suficiente para condenar sin paliativos su conducta política antidemocrática y, en consecuencia, para retirar los votos al partido que ha incluido su nombre en la lista de candidatos.